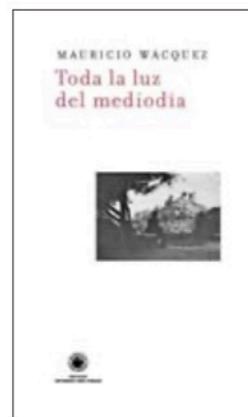


# EN BUSCA DE UNA HISTORIA

Un escritor atormentado se encuentra elaborando un texto, seguramente una novela, en la que busca dilucidar un episodio de su pasado reciente. Ese acto de escritura se asienta en un presente impreciso desde el cual pretende escribir su vida. La novela, pues, es una rememoración, ese proceso inusual durante el cual el sujeto suspende su presente y focaliza su conciencia en el pasado. Ese volcarse hacia atrás supone, según el autor, descubrir o elaborar un relato o historia con un principio, un clímax y un desenlace. La memoria es narrativa. La escritura en el acto de rememoración establece un sentido, un "orden" o "equilibrio" en lo vivido. Podría pensarse que Mauricio Wacquez, de un modo indirecto y sutil, pone en escena un tipo de escritor y de escritura en los cuales esta es la que trae la luz a que alude el título de la novela, **Toda la luz del mediodía**.

La reconstrucción del pasado que acá lleva a cabo el autor es literaria y en extremo literaria. Es patente que estamos aquí ante un lenguaje elaborado prolijamente para los efectos de este libro. Ya aquí Wacquez discurre en ciertas ocasiones según ese sello que posteriormente en su trayectoria lo caracterizará con nitidez. Ese lenguaje late en dos tonalidades: una armonía luminosa y serena y un conflicto enmarañado y tenaz. Wacquez es un aventajado en estos dos registros que corresponden a los dos polos en que se despliega la personalidad del narrador y protagonista, un



**TODA LA LUZ DEL MEDIODÍA**  
**Mauricio Wacquez**  
 Ediciones UDP;  
 144 páginas,  
 \$20.000  
**NOVELA**

sujeto que hoy llamaríamos bipolar.

Max, el personaje principal, es una subjetividad tan poderosa y compleja que opera como un filtro que tiñe todo el relato. No solo es a lo visto o entrevisto a lo que hay que atender al leer esta novela, sino también intentar quedarse con la mirada puesta en el filtro mismo, en la visión que subyace, porque eso es lo que prevalece en el interés del autor.

Max es un sujeto de sensibilidad nerviosa, torturada, insegura y reflexiva. No parece tener profesión ni trabajar (no son elementos de interés para el relato), más bien perteneciente a la alta burguesía santiaguina, y todos los personajes pertenecen a esa clase social. Tampoco este rasgo es puesto en primer plano, sino que, aunque importante, el lector tiene que deducirlo a partir de indicios.

Wacquez deja que todo se absorba en la interioridad de Max, que parece padecer de una sufriente dificultad para comunicarse con el mundo exterior y particularmente con los sentimientos de los demás. El otro por momentos resulta inalcanzable. "Viéndome en esta actitud pienso que el mundo de afuera no me otorga nada. Soy yo el que le doy esa característica de mi

ánimo, yo lo transformo de acuerdo a mi estado de conciencia", se lee.

Correlativamente a esta subjetividad omnipresente y enrarecida, la subjetividad de los otros personajes es mostrada desde el exterior y viene de la mano de la de aquel. Sabemos de ellos —de Paulina y de su hijo Marcelo— a través de la voz de Max. Wacquez, por momentos, les otorga cierta autonomía y a través de diálogos los hace hablar de sí mismos. La opacidad relativa de los

**En el lenguaje de Mauricio Wacquez late en dos tonalidades: una armonía luminosa y serena y un conflicto enmarañado y tenaz. Es un aventajado en estos dos registros.**

personajes secundarios para el lector es también la opacidad de ellos frente al protagonista. No sabe lo que sienten, e incluso, en los momentos de más intimidad, aparecen vistos por Max desde el exterior como si fueran estatuas.

Wacquez es original a la hora de trazar la interioridad de Max. Es patente su virtuosismo para representar hondamente una subjetividad hipersensible, demasiado lúcida, plena de conflictos. Max, desde un punto de máxima incertidumbre y miedo a ser dañado, busca un orden y equilibrio perdidos.

La novela relata un ensortijado trío amoroso, que en la primera parte se concentra en la relación homoerótica entre Max y Marcelo, y en la segunda y tercera, en la relación entre Max y Paulina, que es la madre de Marcelo. Wacquez le da otra vuelta de tuerca al esquema de A ama a B y B ama a C, entre el cual se deslizan dudas y certidumbres, aunque todo termina en una plácida paradoja.

La novela tiene un ritmo en el que se suceden momentos de clímax y anticlímax siempre asociados a la personalidad vacilante, especulativa y atrabiliaria del propio Max, quien logra, no obstante, construir el relato que lo sostenga en el nuevo orden.

La prosa de Wacquez es muy expresiva y evocativa. A través de Max, no solo hace desfilar con esmero la filigrana del mundo interior, sino que tiene una potente capacidad para convocar visualmente, por medio de concreción, materialidad, cuerpo y sensualidad, los escenarios, las cosas y los paisajes. Al compás de las horas y las estaciones, también comparecen vivamente aquí la ciudad, la playa y el campo.

**Toda la luz del mediodía**, no solo como rescate, sino en sí misma, es un aporte estupendo para los lectores.